

*ESENCIAS DE TAUROMAQUIA EN LA PINTURA
DE JACOBO GAVIRA*

*José Campos Cañizares**



PREÁMBULO



medida que nos adentramos en el siglo XXI, en el territorio de la afición taurina va instalándose una vocación de desánimo. Una certeza de que los toros, el toreo y su cultura, y sus hombres, están siendo empujados a salir de la Historia que vive aceleradamente la Humanidad. Una serie de circunstancias insertas en la evolución humana, en el progreso, en el éxito económico, en el gusto social de hoy, está llevando a la tauromaquia a labrarse hacia sí misma un deseo de autocrítica, de autodestrucción y de aniquilamiento. Es algo que se percibe, sobre todo, en los aficionados curtidos, en aquellos que han visto mucho, que han disfrutado de la esencia del arte taurino y que fueron en su día, en su juventud, fervientes apasionados de las corridas de toros y que no entendieron la vida, su cotidianidad, fuera de su órbita. Una sensación cierta de abandono tiene sobrecogidos a los amantes del toreo, que coincide en este tiempo, a su vez, con un sañudo acoso, con una pertinaz intransigencia de quienes no entienden esa pasión extremadamente vital que rodea al mundo del toro, y a los hombres y pueblos que lo aman en una amplia geografía, en una determinada Europa y en su proyección hispanoamericana-

* Wenzao University, Kaohsiung. El autor y Jacobo Gavira pertenecen a T.I.J.R.T. (Tertulia Internacional de Juegos y Ritos Táuricos).

na. Extensas y significativas áreas históricas donde se venera el rito ancestral, y ultramoderno, de ver a un hombre, a un artista, medirse con la fuerza natural del toro. Que componen espacios donde se respeta el rito táurico y donde vive esa cultura, por su enraizamiento histórico, mitológico y psicológico; en definitiva, porque ahí forma parte todavía, desde siempre, de lo más íntimamente religioso y de lo más claramente humano.

¿Qué está ocurriendo en la mente, en el pensamiento, en el interior del verdadero aficionado a los toros? ¿Qué le preocupa? ¿Por qué duda de su convicción, de su designio, de su afición? Pienso que la respuesta se está gestando, la contestación a este dilema psicológico y moral se está fraguando en el propio magín de quien ama a los toros, en su propio ámbito espiritual. Una meditación que en cualquier momento podrá manifestarse mediante un nuevo reforzamiento en las convicciones o mediante un rechazo a ellas; o puede que no, que la resolución se haga esperar mucho todavía porque es el resultado de una lucha filosófica, de un debate ético, que el aficionado sufre, vive, y se plantea, y a estas consideraciones hay que darles tiempo. En unos instantes en los que experimentamos un mundo de celeridad histórica, con enormes cambios vitales que están transformando de raíz lo que hasta el momento se ha considerado como modo de vivir en sociedad, como forma de entender el plano individual de cada existencia. Unos instantes en que una paulatina *aculturación* se está apoderando de la conciencia de las culturas en el mundo, que atañe a cada una de ellas: a las mediterráneas en particular, y a las del suroeste de Europa en concreto, si nos señalamos a nosotros mismos. Al mismo tiempo, al unísono, toda Europa, incluida la del norte –foco de la culturización–, duda de su Historia, del logro de su Civilización, de aquello que ha realizado en el tiempo pasado y que ha creado, ha forjado, ha provocado: el progreso actual de gran parte de la Humanidad. Así, por un lado, toda Europa duda, pero por otro,

una parte de esa Europa, la septentrional, con su proyección norteamericana, *acultura*; traslada al resto del mundo sus modos de sentir, su manera de entender el devenir histórico, la forma de crear un futuro (para todos) bajo sus planteamientos ideológicos.

Esa Europa y esa Norteamérica dominantes tienen su asiento, su ariete, en la cultura anglosajona, genéricamente, y en



Fig. n.º 14.- Todas las imágenes de las obras de Jacobo Gavira que aparecen en este artículo han sido cedidas por el autor. *Torero antiguo*.

su medio de comunicación específico, el inglés moderno, y en su sistema económico, en su concepción de la política, en su organización social. Todo lo cual, por medio de la globalización, viene a resultar en un arrasamiento cultural sutil de lo ajeno, consentido en todos los confines del mundo. Surgen nuevos entendimientos, nuevos modos de pensar y de comportarse.

Aspecto fácil de detectar, que se percibe en el terreno cultural, en el idioma que se quiere hablar, en la música que se oye, en la arquitectura que se levanta, en el sentimiento artístico que se imita y que se quiere hacer accesible a todos. Viene a ser el precipitado del transformado mundo industrial, ahora tecnologizado, y que hoy concluye en el apantallamiento de toda una sociedad. Una cultura de baja lectura y de imágenes vacías se expande hacia el universo cultural, con la necesidad del deporte y la obligatoriedad de la ecología, que reside en una mirada igualitaria hacia lo natural, hacia la naturaleza, a la que el hombre se acerca para consumirla. Desde ese concepto, aparece un particular entendimiento de los animales a los que se les ve como humanos, con similares sentimientos y preocupaciones; a los que no se les estima como seres distintos, con sus propios códigos, con sus propias reglas, con su propia vida; a los que, elevados en los inicios de las sociedades a la función de tótem, nunca desde entonces fueron tratados, en lo popular, como simples mascotas.

Mientras, en la Península Ibérica, en el centro originario del sentir taurino, la cultura del toro ha permanecido impertérrita a los cambios, a los dictámenes de esa cultura dominante que evolucionaba, una razón que ha podido influir en su mantenimiento y en su unidad en todos aquellos lugares donde se ha dado el fenómeno de la corrida de toros, y el trato con el toro, animal totémico en la Hispania histórica, en sus tierras, en sus posteriores culturas. Sin que fuera privativo de todos sus rincones, en lo íbero y en lo hispánico, el fuego cultural de lo táurico penetró en diversidad de áreas, en las esferas sociales más populares y en lejanas y próximas manifestaciones locales de la geografía hispánica, incluso en la transpirenaica. En esos espacios, en los más recónditos, y en sus escaparates urbanos más notables y conocidos (México, Lima, Bogotá, Caracas, Madrid, Bilbao, Valencia, Nimes o Sevilla) ha pervivido la fórmula cultural del toro, que ha sobrevivido a la aculturación que tolera el mundo

contemporáneo. A su vez, otras fórmulas no globalizadas funcionan en las mismas zonas o en otras (Lima, Valladolid, Sevilla, Córdoba), como la Semana Santa, plagada de comunicación humana, o como el Flamenco, una queja, una crítica, una filosofía, o como la Copla, una música que se retroalimenta y se reordena. Son ámbitos de expresividad donde también ha surgido esa



Fig. n.º 15.- *Rosa Palo*.

duda sobre su existencia, aportada por lo moderno, por lo global, por una manera determinada de extenderse el progreso, que genera en ellos un conflicto racional, entre apego a lo propio, o adaptación a lo ajeno, por mantenerse o integrarse a los nuevos tiempos. Son dudas que tocan a lo popular, a lo excelso. Son inseguridades que se generan en las gentes que educan y enseñan. Son incertidumbres en la yema de la cultura.

- ESENCIAS DE TAUROMAQUIAS EN LA PINTURA DE JACOBO GAVIRA-
LA ESPERA. EL SALUDO. EL PASEÍLLO

Una larga espera para el torero es el invierno, antes del inicio de cada temporada. También para el aficionado. El aficionado busca la ocasión para leer de toros, el torero para estar en *el campo*. Los libros y la vida. Sucede en la misma tauromaquia, que necesita de reglas, de normas, de perfiles, de estudios, de reflexiones, de acciones. Y qué lugar más apropiado para reflexionar que el campo, allí, en la dehesa, donde puede darse el contacto con el toro bravo, para que el torero le conozca mejor, para que se compenetre con sus palpitaciones, con sus secretos recónditos y con el mayor de ellos, que reside en cómo se fragua su bravura. Un don tan misterioso que ni siquiera la tienta es capaz de descifrar. ¿Cómo saber qué toro es bravo? Eso le preocupa al torero. Por eso, en el campo, se adentra en esa temática de indicios, de relatividades, al decir de Luis Fernández Salcedo. Atañe al compromiso del ganadero cuya misión es buscarla con ahínco, e inquieta a la inteligencia del torero, que debe saber descifrarla al enfrentarse a su oponente, al toro, con sus armas gráciles, capote y muleta. Por eso es vital el campo, donde el torero puede preguntarse por tanto misterio, para acariciarlo con las telas, para abandonarse en los enigmas del toro, para exponer su aprendizaje después en el redondel, donde el público juzgará sobre la fugacidad del arte y su arcano vital.

Antes, en cada *paseillo* del matador, en cada salida al ruedo, *el saludo* para conectar con el público, para hacerle ver que se está allí para jugarse la vida, para medirse con la bravura del toro, en confrontación con otros toreros; puede que en un *mano a mano*, un escalón superior en la meta taurina de demostrar maestría ante el toro, ante el público, ante el torero rival. Una acción que nos remite a aquel *mano a mano* de Antonio Chenel *Antoñete* con Rafael de Paula, en Las Ventas, ante toros de Fermín Bohórquez, cuando brotó la torería del maestro *anti-*

guo, del maestro veterano, la de *Antoñete*, en comunión con la religiosidad del torero más espiritual, Rafael de Paula. Dos maestros que ilusionaron, que llenaron de gratitud al público, al aficionado, que emocionaron, porque habían saludado con la firmeza de toreros prístinos, sacerdotales, áureos, alados. No hubo ocasión para el saludo manido, insulso, mercantil del torero



Fig. n.º 16.- *Torero en el campo.*

Fig. n.º 17.- *El saludo.*

moderno, que se esconde del público, tras esa manifestación gregaria de un *paseíllo desganao*, protocolario, tal como toreros sin vocación, y al uso de una sociedad banal, quieren trasladar a la tauromaquia al iniciarse el nuevo milenio. La pintura de Jacobo Gavira pretende reivindicar lo antiguo, lo auténtico, la fe en lo que se hace; reincorporar, reinventar, instalar una tauromaquia

de antaño, bajo los cánones clásicos, míticos, de los maestros vocacionales, de los sacerdotes vestidos de luces: mediante *parar, templar, mandar* y, sobre todo, *cargar la suerte*. Ilusionar de nuevo con la reciedumbre y profundidad que aportan cargar la suerte y el toro de riesgo, el canon, cuando el saludo y el mano a mano obligaban en tiempos de paseíllos de ensueño.



Fig. n.º 18.- *El paseillo desganao.* Fig. n.º 19.- *El mano a mano.*

EL PATIO DE CABALLOS. LA SUERTE DE VARAS.

EL DESOLLADERO

Jacobo Gavira en su interpretación de la tauromaquia apunta a la gravedad de la fiesta, al aspecto esencial que la define, que no es otro que la del enfrentamiento cabal del torero con

la bravura del toro y su indómita naturaleza. Para ello, remite a sus orígenes, *al caballo*, acompañante del hombre en la corrida de toros, el parapeto desde donde ha luchado contra la sangre brava del toro, contra su nervio, contra su genio, su fiereza, raza, dureza, combatividad, codicia y temperamento, contra su pelea. El pintor piensa en toros con tamaño, peso y cornamenta. Cuando se necesitaba del caballo, de su fortaleza, de su flexibilidad, de su movilidad para llamar al toro, y desde la altura del jinete, el picador, restarle poder a ese toro bravo, con la puya;

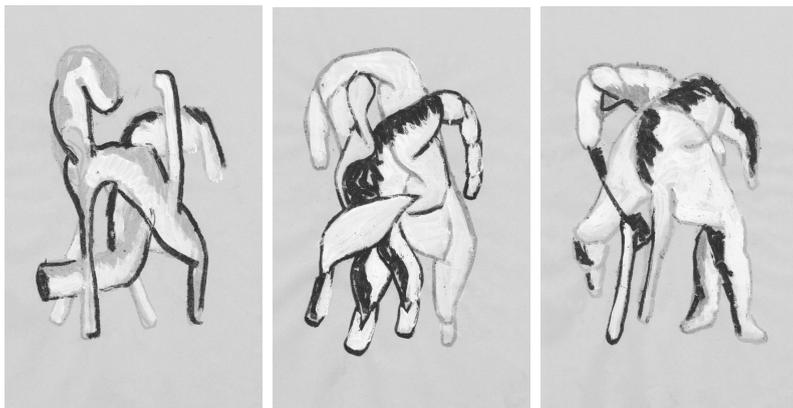


Fig. n.º 20.- *El patio de caballos*.

medirle la fuerza, reducírsela, requerirle la casta, atesorársela, afianzarse en ella, para que, después del encuentro con lo ecuestre, pueda surgir el toreo, con la capa, en quites, en la científica lidia, que sitúa a un mismo nivel al toro y al torero, para que a posteriori en la muleta el matador pueda abrir el compás. Una imagen que distingue al matador acrisolado cuando Jacobo Gavira delinea a Francisco Montes, en su terno *oro y seda rosa malva*, según lo vio Rainer María Rilke.

En la presencia del caballo en la corrida de toros reside el porqué de la fiesta, su razón de existir. Se observa en la pintura de Jacobo Gavira una llamada de atención para que vuelva *la suerte de varas* al esplendor que perdió a partir del uso del peto, una derrota para el toro; cuando sobrevino la buscada suavidad en el toro de lidia, para lucimiento de toreadores estilistas, cuando en el festejo comenzó a sobrar el caballo. Para qué, si no



Fig. n.º 21.- *La suerte de varas.*



Fig. n.º 22.- *El desolladero.*

había toro, si no había acometividad ni poder, si el toreo se convertía en juego estético con un animal seleccionado para ser conducido hacia delante en sus repetitivas tentativas de encontrarse con un trapo manejado sin exigencias de dominio, porque este no es necesario, ni tampoco ahormarlo en lances que exijan

que se cargue la suerte. Por el contrario, sabemos que la tauromaquia se fundamenta en la existencia del toro de poder; y el heroísmo del torero, en la verosimilitud del peligro. Un riesgo que hay que administrar mediante la suerte de varas, acción consustancial al manejo del caballo por el jinete. De ahí la apuesta de Jacobo Gavira con sus despojados apuntes del *patio de caba-*

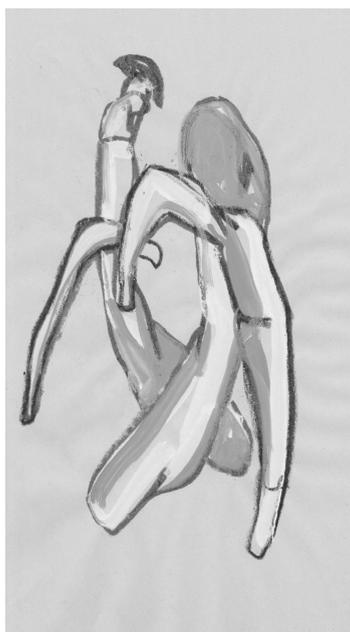


Fig. n.º 23.- *Abriendo el compás.*

llos, donde la verdad, el drama, la grandeza de la fiesta de los toros se prepara, se percibe, se justifica, se viste al *desnudo* en la imagen del *picador* que con el dominio del caballo y la balanza de su brazo embravecerá al toro a ley, depositando su corazón en la vara. Una justeza que se verificará cuando nos acerquemos al

final del festejo al *desolladero*, antes de que se produzca la descarnadura del mítico animal que en la lidia se ha entregado a la muerte como un ejemplo de vida.

ABRIENDO EL COMPÁS

La pintura de Jacobo Gavira toca directamente el *quid* de la cuestión taurina, la de dominar al toro. El torero deberá abrir el compás para llevar al toro donde su fuerza demande, bajándole la mano, espatarrándose si la acometividad del astado lo requiere. Más aún, la pintura muestra al matador con la pierna adelantada, la contraria de por donde entra el toro, para cargar la suerte, para (como fijó Domingo Ortega) darle profundidad al toreo, adquirida la hondura *cuando la pierna avanza al frente*, manera de someter al toro y de plantearle la batalla con la rotundidad de la ética, encauzada la suerte al estilo caballeresco, desde la frontalidad, para encarar el peligro. Cargar la suerte es torear echando la pierna adelante. Nos adentramos entonces en las *esencias de tauromaquia* clásica, vieja, antigua, de cuando había toros. Nos introducimos en el núcleo del toreo, en el terreno del toro, sin posturas ni ensayos lineales de los toreros, sino pasárselo por delante de la pierna, la contraria de por donde se arranca, y bajarle en la acción la mano para irle dominando, para mandarle en el pase al espacio desde donde, naturalmente, sucederá el siguiente lance, con la misma verdad. Con capote y muleta. En la verónica y en el natural. En la media y en el pase de pecho. En el adorno y en el *desplante*. Antes de la estocada final.

Abrir el compás, en su justo término, y cargar la suerte es la reivindicación del toreo y del toro. Alejarse del mono-encaste que lleva a la tauromaquia al destoreo, al esteticismo inane, a la ausencia de verdad y de pasión. Si el torero abre el compás se reinventa el toreo, cuando carga la suerte le da sentido, le reconforta, le devuelve a la hombría, le devuelve a la emoción. Enfrente del torero debe haber un oponente fiero, bravo, que le

haga pensar, que le someta a un examen de inteligencia, para resolver problemas, para prepararle para la vida. Vital es separarse de la tauromaquia muelle que nos domina, que nos hace dudar de si es lícito el toreo, porque el toro no debe ser *la tonta del bote*, un monigote, al que se le ha perdido el respeto, por asemejarse al borrego. Urgente es distanciarse de la molicie que

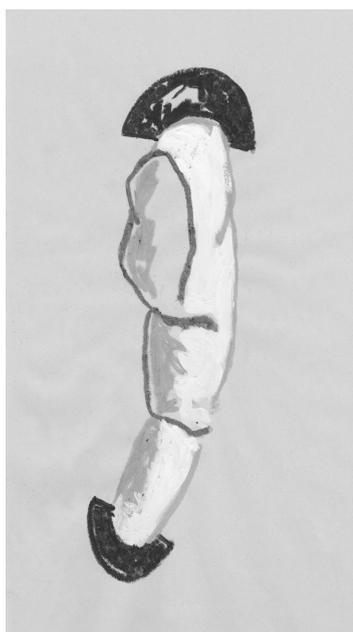


Fig. n.º 24.- *El desplante*.



Fig. n.º 25.- *La tonta del bote*.

asfixia al mundo taurino representada en descargar la suerte, en abrir el compás pero con truco, doblándolo, con la pierna situada hacia atrás, pues el toro de carril lo permite, lo traga, y así se le traiciona, no se le burla, para desdoro del matador sin vocación, y del público que lo aplaude, y del crítico que lo valida. Jacobo Gavira, con conocimiento pictórico y taurino, dibuja una

imagen en *abriendo el compás* que no deja dudas, porque está pensando en los toreros clásicos que nunca se plantearon destorear: en Antonio Bienvenida, en Pepe Luis Vázquez, en Antonio Ordoñez, en Rafael Ortega, en Curro Romero, en César Rincón. El resurgir del toreo hará volver al ganadero, al toro, al torero, al aficionado, al crítico, al empresario, al apoderado; a la ética, al conocimiento, al compromiso. El artista, Jacobo Gavira, es quien muestra aquí el camino de la regeneración.

EL PÚBLICO. LA CRÍTICA

Muchos aficionados a comienzos de los años cuarenta del siglo pasado, tras la guerra civil española, se quedaron perplejos por el deseo de diversión que de pronto acompañó *al público de los toros*. Antonio Díaz Cañabate lo analizó como un deseo de olvidar, una perentoria necesidad de no mirar atrás. De pronto el público se hizo acrítico, cuando poco antes todavía no existía la clara distinción entre público y aficionado, porque se enlazaba con un tiempo anterior que poseía un público apasionado y entendido. Se produjo una separación entre aficionado y público, que, al cabo de los años, se hizo tan clara, tan nítida, tan a favor de que sólo existiera un público desapasionado, relativizado, que éste ni siquiera va al festejo taurino a divertirse sino a pasar el rato. En realidad no sabe por qué está allí, pues acude sin motivación, sin entusiasmo, como cumpliendo un requisito de adscripción ideológica. Un mal menor. Un público evidentemente poco preparado, que lo único que toma en consideración es el *triumfo* a ultranza del torero, el corte de orejas, y no saber nada respecto a si hay toro, o cómo es su juego, o cómo entenderle para exigirle al torero su correspondiente y adecuada lidia. O para interiorizar el porqué del *fracaso*.

Cada toro tiene su lidia, es una frase instalada en el pensamiento popular, que hoy hay que replantearse, pues, si sale siempre el mismo toro por los toriles, el torero le aplica monó-

tonamente la misma lidia: sin suerte de varas, un simulacro caro y prescindible para el espectáculo, y con la protocolaria puesta trasera de banderillas. Más un toreo de líneas separadas, el toro por un lado y el torero en paralelo, alejado, despegado, con el consabido y machacón retraso de la pierna contraria, que destorea, que descarga la suerte, que le quita toda magia y amor pro-



Fig. n.º 26.- *El público.*



Fig. n.º 27.- *El fracaso.*

pio a la fiesta de los toros. Una realidad técnica que cuenta con la aquiescencia de la crítica taurina, que podríamos denominar inexistente y conformista –como en otros territorios del arte– por la crisis de la prensa, por la crisis de la sociedad; con una masa social de donde brota un público al que no le interesa aprender ni profundizar, al que le vale con una opinión de cer-

canías, acrítica, banal, de que todo es igual. ¿Dónde *la crítica* con vocación de magisterio, de enseñar, de regañar, de formar al público para que sea aficionado? ¡Cuánta añoranza de críticos, que lo eran y escribían con estilo, con la literatura en la cabeza, como Gregorio Corrochano, Antonio Díaz Cañabate o Joaquín Vidal! En épocas que leerles al día siguiente de la corrida era un gozo y una obligación, para contrastar y para disfrutar. Hoy, si se les nombra, uno es tachado de ignorante por los sectores apegados al comercio taurino, donde florece una crítica de complacencia, inútil, consentidora de los males que aquejan a la tauromaquia, que sólo cuenta cómo el toro ha servido para que el torero sea premiado con orejas, tras dar muchos pases, por un público, en muchas circunstancias, gomoso, a veces, escaso. ¿Por qué hoy no se demanda la solvencia y el criterio de un escritor y crítico entendido como Rafael Cabrera Bonet, para que enseñe y regañe, y regenere la fiesta? Debemos y podemos conformarnos, en estos inicios de milenio, con las verdades a puños que suelta en cuaderno de bitácora, con un estilo más libre, José Ramón Márquez.

DESPEDIDA

Galana despedida, solemne despedida, son las dibujadas y pensadas por Jacobo Gavira. Momento crucial en la vida de un torero que podríamos denominar *contra natura*, ya que un matador de toros nunca se despide, nunca se retira. Si bien debe elegir esa ocasión. Un instante que no se quiere, que cuesta que llegue, y que una vez transcurrido, a toro pasado, es difícil de aceptar. En realidad, jamás es admitido por un torero de vocación. ¿Qué hará después? Difícil dilema. Joselito *El Gallo* quiso que su hermano Rafael se retirara y fue motivo de entristecimiento. Los toreros no quieren retirarse, pero las circunstancias les obligan a hacerlo, y una vez cumplido el compromiso de ese acto de despedirse (que puede interpretarse como una espera

para una nueva llegada –ese saludo que recoge Jacobo Gavira, galano y solemne–), después de esa fracción breve de tiempo no vivido, sino tramitado, surgirá la lucha por volver, por estar. El torero vive ese querer renacer como una tragedia, y el aficionado como una necesidad cuando el artista que quiere volver puede dar cosas nuevas. Con ilusiones renovadas, suertes más pausadas, atesoramiento interiorizado de conocimientos, dominio del propio arte, que se vislumbrará en un temple más lento, eterno;



Fig. n.º 28.- *Galana despedida, solemne despedida, y la ceremonia.*

en una galanura tersa y aquietada, en una solemnidad honda y trascendente. Así lo dibuja Jacobo Gavira. Para que se precipite, tras la despedida, el retorno factible de un dominio verdadero, ya controlado sólo por la vocación, pilar del amor a nuestro sino de toda tauromaquia, de toda esencia artística taurómaca.

Muchas despedidas de grandes toreros hemos vivido. Recordemos la de Dámaso Gómez, por la solvencia mostrada ante los seis toros que lidió en la plaza de Las Ventas en tarde

de visto y no visto, en un breve plazo de tiempo: esa tarde ese torero de dominio selló una actuación que presagiaba que no había motivo para despedirse ni para no volver. Pero tenía que cumplirlo. Y así lo hizo. Echemos cuentas de la galanura y solemnidad de la última tarde de Manolo Vázquez en Madrid, en la etapa de su retorno, remontémonos a la galanura de su figura de torero viejo, a la solemnidad de su toreo, a la imagen eterna de lances de oro añejo, de pobre y oro. Ahí quedó. Aún más, si hablamos de despedidas y de retornos vividos por nuestra generación de aficionados a los toros, las más grandes, y las más trágicas, y las más sentidas, las de Antonio Chenel *Antoñete*, en sus múltiples deseos de retirarse para volver de nuevo, con sus innumerables epílogos: en Aranjuez, encerrado con un toro, en tarde mítica; en Las Ventas, enfrentándose a dos astados, en solitario, para que los jóvenes vieran en qué consistía el toreo clásico y pasional; en Jaén, en lección magistral, casi entrado el siglo XXI; en el nuevo milenio que este torero de vocación, llegó a pisar vestido de luces, para ser llevado en brazos de toreros, en Burgos, fuera de la plaza tras su último paseíllo. Jacobo Gavira ha pintado a todos estos toreros y a muchos más en esas despedidas con la galanura y con la solemnidad que Antonio Chenel *Antoñete* reflejó como ningún otro torero ha sabido hacerlo. A excepción del tributo ofrendado por la afición de Madrid a Rafael de Paula, un torero de pura religión. Pura galanura, pura solemnidad.

JACOBO GAVIRA, PINTOR

En la colección de pinturas denominada SERIE TOROS (técnica mixta sobre papel), Jacobo Gavira asume toda la historia anterior del arte español, sin renunciar al arte universal. Su mirada ética, moral, reformadora, regeneracionista, ha tomado como modelo positivo a todos los pintores que han plasmado su sentir íntimo, su opinión sobre el mundo, en sus cuadros y en sus

dibujos. Así observamos, vislumbramos, en la línea de flotación de este excelso pintor, en estas pinturas que sobre el mundo de los toros nos brinda (universo del que todo lo sabe), *la tauromaquia y su esencia*. Percibimos la vocación de Goya, la expresividad de Solana, el españolismo de Zuloaga, la indagación surrealista de Picasso, el cromatismo de Morandi, el etéreo dibu-

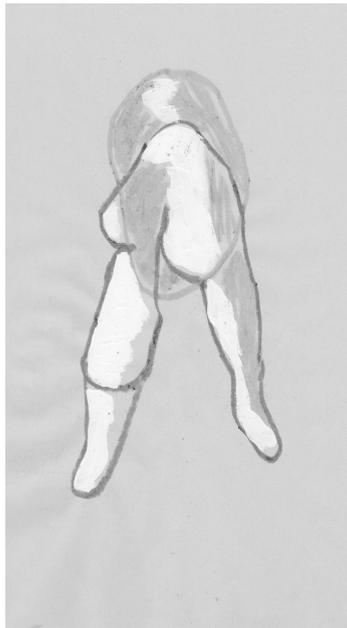


Fig. n.º 29.- *El Picador*.

jo de Dalí o el atrevimiento de Bacon, sin olvidar notables sugerencias por los volúmenes de Moore, porque la pintura de Jacobo Gavira, tiene mucho de escultórico, pues firmes y seguros son sus trazos, precisas sus manchas, de volúmenes perfectos que permiten acoplarle un colorido, un cromatismo de pintor superior, en los blancos, grises, negros, amarillos, rosas, ocre, per-

fectamente delimitados por el dibujo que da la expresión que la idea de la pintura requiere.

Su mano de pintor es prodigiosa, su pincelada cálida y certera, sugestiva, expresiva dentro de una abstracción contenida que no deja de prefigurar a los protagonistas presentes en la tauromaquia, aquella que a Jacobo Gavira le interesa, la eterna, la clásica, la real, la que no esconde la metáfora continua de la vida que es el toreo, en la sangre, en el sufrimiento, en el padecimiento, de un arte tan mayor como la propia pintura. Un primor que busca salvarse a sí mismo, y a la misma sociedad que lo observa, que lo vive, que se presta en la corrida de toros a la catarsis que la cultura hispánica aprendió de la cultura griega, de la cultura cretense origen del juego y del trato con el toro, animal totémico de nuestro suelo peninsular, que siempre sale a flote. Y así sentimos y pensamos en las cosas más propias, más nuestras, como es la tauromaquia, en su esencia, en su metafísica, de la mano de un gran pintor y de un extraordinario conocedor de lo taurino como es Jacobo Gavira. Por ello, el artista se ha atrevido a presentarnos el tuétano de la tauromaquia, los efluvios señeros del toreo, el camino a seguir para que perviva ante las dudas generadas en el aficionado de hoy y en el entorno endogámico del taurinismo. Jacobo Gavira, en estas pinturas, abre el compás y carga la suerte con el pincel, y muestra en versión regeneradora que el futuro de la fiesta de los toros reside en su autenticidad, en volver a lo clásico, en enseñar lo más desnudo, en mantenerse en los cánones, dispuestos estos a que puedan sufrir mejora porque artistas imprevisibles vendrán y dejarán nuevas suertes, nuevas improntas, nuevos gustos, sin traicionar la tradición.

Esencias de tauromaquia de Jacobo Gavira constituye un verdadero descubrimiento de un pintor sublime que promueve una mirada límpida, meditativa, refundadora y germinal, sobre lo que fue y debe ser el toreo.

BIBLIOGRAFÍA

- Acebal, Edmundo G. (1956): *Grandeza y servidumbre de la crítica taurina*, Madrid: Los de José y Juan.
- Bollaín, Adolfo, (1948): *Hoy se torea peor que nunca*, Madrid, Arba.
- Cabrera Bonet, Rafael, (2008): “La corrida de toros en el siglo XXI. Un festejo intemporal con problemas actuales”, Madrid, Anuario Taurino de la Asociación de la Prensa, págs. 42-52.
- _____ (2014): “La tauromaquia como Patrimonio cultural español”, *Encuentros en Catay*, nº 28, págs. 407-452.
- Campos Cañizares, José (2012): *La revelación de la vida por lo taurico. Una reflexión a partir de la pintura taurina de Santiago Vera*, en *Los toros*, Santiago Vera [obra plástica], Taipéi, Casa de España en Taiwán.
- _____ (2013): *El ritual de la tauromaquia en la pintura de Santiago Vera*, en *Negro Zaíno*, Santiago Vera [obra plástica], Taichung, Ediciones Catay.
- Deleuze, Gilles, (2009): *Bacon. Lógica de la sensación*, Madrid, Arena Libros.
- Díaz Cañabate, Antonio (1971): *El mundo de los toros*, León, Everest.
- Fernández Salcedo, Luis (1992): *Tres ensayos sobre relatividad taurina*, Madrid, Egartorre.
- Gaya, Ramón (1960): *El sentimiento de la pintura*, Madrid, Arion.
- González, Ángel (2008): *Pintar sin tener ni idea y otros ensayos de arte*, Madrid: Lampreave y Millán.
- Kandinsky, Wassily (2008): *De lo espiritual en el arte*, Barcelona, Paidós.
- Martín Crespo, Mario (1999): “Tauromaquia por Gavira”, *Revista de Estudios Taurinos*, nº 9, Sevilla, Fundación de

- Estudios Taurinos, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, págs. 221-224.
- Ortega, Domingo (1950): *El arte del toreo*, Madrid, Revista de Occidente.
- Popelín, Claude (1966): *Los toros desde la barrera*, Madrid, Rialp.
- Romero de Solís, Pedro (2009): “La mujer en busca de su toreo” [sobre pinturas de Jacobo Gavira], *Revista de Estudios Taurinos*, nº 26, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, págs. 281-284.
- Sureda, Guillermo (1978): *Tauromagia*, Madrid, Austral.
- Tierno Galván, Enrique (1989): *Los toros, acontecimiento nacional*, Madrid, Turner.
- Torres, José Carlos de (2014): “La cultura del toro bravo en el campo”, *Revista de Estudios Taurinos*, nº 34, Sevilla, Fundación de Estudios Taurinos, Real Maestranza de Caballería de Sevilla, págs. 167-183.
- Vidal, Joaquín (2002): *Crónicas taurinas*, Madrid, Aguilar, 2002.
- VVAA, *Manifiesto T.I.J.R.T.*, [Texto: E. Bellotti, R. Cabrera, J. Campos, J. Gavira y J. C. de Torres], Taipéi, Ediciones Catay, 2013.

